

2. LA HETEROGÉNESIS MAQUÍNICA

Si dependiera del uso, se hablaría de la máquina como de un subconjunto de la técnica. Habría que entender más bien que la problemática de las técnicas se sitúa en dependencia de la de las máquinas y no al revés. La máquina se haría condición previa de la técnica, en vez de ser expresión de ésta. El maquinismo es objeto de fascinación, a veces de delirio. Existe sobre él todo un “bestiario” histórico. Desde el origen de la filosofía, la relación del hombre con la máquina es fuente de interrogación. Aristóteles considera que la *techné* tiene la misión de crear aquello que la naturaleza no tiene posibilidad de efectuar. Del orden del “saber” y no del “hacer”, aquélla interpone entre la naturaleza y la humanidad una suerte de mediación creativa cuyo estatuto de intercesión es fuente de perpetua ambigüedad. Las concepciones “mecanicistas” de la máquina la despojan de todo cuanto le permitiría escapar a una simple construcción partes extra partes. Las concepciones “vitalistas” la equiparan a los seres vivos;

cuando no se equipara a éstos con aquélla. La perspectiva “cibernetica”, abierta por Norbert Wiener,¹ trata a los sistemas vivos como máquinas particulares dotadas del principio de retroacción. Concepciones “sistémicas” más recientes (Humberto Maturana y Francisco Varela) desarrollan el concepto de autopoiesis (autoproducción), reservándolo para las máquinas vivientes. Siguiendo a Heidegger, una moda filosófica atribuye a la *techné* –en su oposición a la técnica moderna– una misión de “develamiento de la verdad” que va a “buscar lo verdadero a través de lo exacto”. La fija, así, a un zócalo ontológico –a un *grund*– y compromete su carácter de apertura procesual.

A través de estas posiciones, intentaremos discernir diversos umbrales de intensidad ontológica y abordar el maquinismo en su conjunto según sus avatares técnicos, sociales, semióticos, axiológicos. Y esto implica reconstruir un concepto de máquina que se extiende mucho más allá de la máquina técnica. Plantearemos, con respecto a cada tipo de máquina, no la cuestión de su autonomía vital –no se trata de un animal–, sino de su poder singular de enunciación: lo que yo denomino su consistencia enunciativa específica. El primer tipo de máquina en el que pensamos es el de los dispositivos materiales. Están fabricados por la mano del hombre –relevada a su vez por otras máquinas– y lo están de acuerdo con concepciones y planos que responden a objetivos de producción. Denomino a estas diferentes etapas: esquemas diagramáticos finalizados.

Pero ya este montaje y estas finalizaciones imponen la necesidad de extender los límites de la máquina, *stricto sensu*, al

1. N. Wiener, *Cybernetique et Société*.

conjunto funcional que la asocia al hombre. Veremos que esto implica la consideración de múltiples componentes:

- componentes materiales y energéticos;
- componentes semióticos diagramáticos y algorítmicos (planos, fórmulas, ecuaciones, cálculos que concurren a la fabricación de la máquina);
- componentes de órganos, de influjos, de humor del cuerpo humano;
- informaciones y representaciones mentales individuales y colectivas;
- investiduras de máquinas deseantes que producen una subjetividad en adyacencia a estos componentes;
- máquinas abstractas que se instauran transversalmente a los niveles maquinaicos materiales, cognitivos, afectivos y sociales antes considerados.

Cuando hablamos de máquinas abstractas, por “abstracto” podemos entender también “extracto”, en el sentido de extraer. Son montajes capaces de poner en relación todos los niveles heterogéneos que ellos atraviesan y que acabamos de enumerar. La máquina abstracta les es transversal, es ella la que les dará o no una existencia, una eficiencia, una potencia de autoafirmación ontológica. Los diferentes componentes se ven arrastrados, reorganizados en una especie de dinamismo. Semejante conjunto funcional será calificado desde ahora como conformación maquinaica. El término “conformación” no supone ninguna noción de lazo, de pasaje, de anastomosis entre sus componentes. Es una conformación del campo de los posibles, de los virtuales tanto como de los elementos constituidos, sin noción de relación genérica o de especie. Dentro de este marco, los utensilios, los instrumentos, las herramientas más sim-

ples, las menores piezas estructuradas de una maquinaria adquirirán estatuto de protomáquina.

Tomemos un ejemplo. Si desarmamos un martillo quitándole el mango, sigue siendo un martillo, pero en situación de “mutilado”. La “cabeza” del martillo –otra metáfora zoomórfica– puede ser reducida por fusión. Franqueará entonces un umbral de consistencia formal en el que perderá su forma; esta gestalt maquinica opera, además, tanto en un plano tecnológico como en un nivel imaginario si se evoca el recuerdo, caído en desuso, de la hoz y el martillo. Estamos en presencia nada más que de una masa metálica vuelta al alisado, a la des-territorialización que precede a su ingreso en una forma maquinica. Para superar este tipo de experiencia comparable al pedazo de cera cartesiano, intentemos, a la inversa, asociar el martillo y el brazo, el clavo y el yunque. Estos mantienen entre sí relaciones de encadenamiento sintagmático. Y su “danza colectiva” podrá devolver vida a la difunta corporación de los herreros, a la siniestra época de las antiguas minas de hierro, a los usos ancestrales de las ruedas herradas... Leroi-Gourhan señalaba que el objeto técnico no es nada fuera del conjunto técnico al que pertenece. Lo mismo sucede con las máquinas sofisticadas, como esos robots que pronto serán engendrados por otros robots. El gesto humano permanece adyacente a su gestación, en espera de la insuficiencia que requiera su intervención: este residuo de un acto directo. Pero todo esto, ¿no es tributario de una visión parcial, de cierto regusto por una época datada de la ciencia-ficción? Es curioso observar que las máquinas, para adquirir cada vez más vida, exigen a cambio cada vez más vitalidad humana abstracta: y esto a lo largo de toda su andadura evolutiva. La concepción por computadora, los sistemas expertos y la inteligencia artificial dan tanto para pensar como sustraen al pensamiento. Lo aligeran de esque-

mas inertes. Las formas de pensamiento asistidas por computadora son mutantes, tributarias de otras músicas, de otros Universos de referencia.²

Así pues, es imposible negar al pensamiento humano su parte en la esencia del maquinismo. Pero, ¿hasta dónde puede ser calificado aún de humano? El pensamiento técnico-científico, ¿no es tributario de cierto tipo de maquinismo mental y semiótico? Aquí se impone una distinción entre las semiologías productoras de significaciones –moneda común de los grupos sociales–, como la enunciación “humana” de las personas que trabajan alrededor de la máquina y, por otra parte, semióticas a-significantes que, más allá de la cantidad de significaciones que vehiculicen, manejan figuras de expresión que podríamos calificar de “no humanas”; ecuaciones, planos que enuncian a la máquina y la hacen actuar a título diagramático sobre los dispositivos técnicos y experimentales. Las semiologías de la significación juegan sobre tableros de oposiciones distintivas de orden fonemático o escritural que transcriben los enunciados en materias de expresión significativa. Los estructuralistas se han complacido en erigir al Significante como categoría unificadora de todas las economías expresivas: la lengua, el ícono, el gesto, el urbanismo o el cine, etc. Pero, al hacerlo, ¿no desconocieron la dimensión esencial de una auto-poiesis maquina? Esta emergencia continua de sentidos y efectos no pertenece a la redundancia de la mimesis sino a una

2. Cf. Pierre Lévy, *Les Technologies de l'intelligence*, París, La Découverte, 1990, *Plissé fractal. Idéographie dynamique* (memoria de habilitación para dirigir investigaciones en ciencias de la información y de la comunicación) y *L'Idéographie dynamique*, París, La Découverte, 1991.

producción de efecto de sentido singular, aunque indefinidamente reproducible.

Este núcleo autopoietico de la máquina es lo que la sustrae a la estructura, la diferencia de ella, le otorga su valor. La estructura implica bucles de retroacciones, pone en juego un concepto de totalización que ella controla a partir de sí misma. Está habitada por *inputs* y *outputs* con vocación de hacerla funcionar según un principio de eterno retorno. Está asediada por un deseo de eternidad. La máquina, por el contrario, está trabajada por un deseo de abolición. Su emergencia se redobla en el atasco, la catástrofe, la muerte que la amenazan. Posee una dimensión suplementaria: la de una alteridad que desarrolla en diferentes formas. Esta alteridad la aparta de la estructura, centrada en un principio homeomorfo. La diferencia aportada por la autopoiesis se funda en el desequilibrio, la prospección de Universos virtuales alejados del equilibrio. Y no se trata únicamente de una ruptura de equilibrio formal, sino de una radical reconversión ontológica. Para poder existir como tal, la máquina depende siempre de elementos exteriores. Implica una complementariedad, no sólo con el hombre que la fabrica, la hace funcionar o la destruye, sino que ella misma es, en una relación de alteridad con otras máquinas actuales y virtuales, enunciación “no humana”, diagrama protosubjetivo.

Esta reconversión ontológica destituye el alcance totalizante del concepto de Significante. Porque no son las mismas entidades significantes que operan las diversas mutaciones de referente ontológico las que nos hacen pasar del Universo de la química molecular al de la química biológica, o del mundo de la acústica al de las músicas polifónicas y armónicas. Ciertamente, líneas de desciframiento significante —compuestas de fi-

guras discretas, binarizables, sintagmatizables y paradigmaticas— se recortan a veces de un Universo al otro. Y se puede tener la ilusión de que una misma trama significativa habita todos estos dominios. Es por completo diferente cuando se considera la textura misma de estos Universos de referencia. Están marcados cada vez por el sello de la singularidad. De la acústica a la música polifónica, las constelaciones de intensidades expresivas divergen. Son tributarias de una cierta relación pática y ofrecen consistencias ontológicas irreductiblemente heterogéneas. Se descubren así tantos tipos de desterritorialización como rasgos de materias de expresión. La articulación significativa que los sobrevuela —en su indiferente neutralidad— es incapaz de imponerse como relación de inmanencia a las intensidades maquinas, a ese núcleo autopoietico, no discursivo, autoenunciador, autovalorizante. Este núcleo no se somete a ninguna sintaxis general de los procedimientos de desterritorialización. Ningún par ser-ente, ser-nada, ser-otro podrá ocupar el rango de *binary digit* ontológico. Las proposiciones maquinas escapan a los juegos ordinarios de la discursividad, a las coordenadas estructurales de energía, tiempo y espacio.

Sin embargo, existe de todos modos una transversalidad ontológica. Lo que sucede en un nivel particular-cosmico no carece de relación con el alma humana o con un acontecimiento del *socius*. Pero no con arreglo a unas armónicas universales de naturaleza platónica (“El sofista”). La composición de las intensidades desterritorializantes se encarna en maquinas abstractas. Hay que considerar que existe una esencia maquina que va a encarnarse en una maquina técnica, pero también en el medio social, cognitivo, ligado a esa maquina: los conjuntos sociales son también maquinas, el cuerpo es una maquina, hay

máquinas científicas, teóricas, informacionales. La máquina abstracta atraviesa todos estos componentes heterogéneos, pero sobre todo los heterogeneiza, al margen de cualquier rasgo unificador y de acuerdo con un principio de irreversibilidad, singularidad y necesidad. En este aspecto, el significante laciano está afectado por una doble carencia: es demasiado abstracto pues traduce a buen precio las materias de expresión heterogéneas, deja escapar la heterogénesis ontológica, uniformiza y sintactiza gratuitamente las diversas regiones del ser y, a la vez, no es lo bastante abstracto porque es incapaz de dar cuenta de la especificidad de esos núcleos maquínicos autopoieticos sobre los cuales debemos ahora volver.

Francisco Varela caracteriza a una máquina por “el conjunto de las interrelaciones de sus componentes independientemente de sus componentes mismos”.³ La organización de una máquina, pues, no tiene nada que ver con su materialidad. Varela distingue dos tipos de máquinas: las máquinas “alopoiéticas”, que producen otra cosa que a ellas mismas, y las máquinas “autopoiéticas”, que engendran y especifican continuamente su propia organización y sus propios límites. Estas últimas cumplen un proceso incesante de reemplazo de sus componentes porque están sometidas a perturbaciones externas que deben compensar constantemente. En realidad, Varela reserva la calificación de autopoietico para el dominio biológico; quedan excluidos los sistemas sociales, las máquinas técnicas, los sistemas cristalinos, etc. Este es el sentido de su distinción entre alopoiesis y autopoiesis. Pero la autopoiesis, que define únicamente entidades autónomas, individuadas, unitarias y que escapan a las relaciones de *input* y *output*, carece de

3. F. Varela, *op. cit.*

las características esenciales de los organismos vivos, como el hecho de que nacen, mueren y sobreviven a través de los *phylums* genéticos. La autopoiesis merecería ser repensada en función de entidades evolutivas, colectivas que, en vez de cerrarse implacablemente sobre sí mismas, mantienen entre sí diversos tipos de relaciones de alteridad. Por ejemplo, las instituciones, como las máquinas técnicas, corresponden en apariencia a la alopoiesis; pero cuando se las considera en el marco de las conformaciones maquina que constituyen con los seres humanos, pasan a ser, ipso facto, autopoieticas. Se considerará, pues, la autopoiesis desde el ángulo de la ontogénesis y de la filogénesis propias de una mecanosfera que se superpondría a la biosfera.

La evolución filogenética del maquinismo se traduce en un primer nivel por el hecho de que las máquinas se presentan por “generaciones”, reprimiéndose unas a otras a medida que se tornan obsoletas. La filiación de las generaciones pasadas se prolonga hacia el futuro por líneas de virtualidad y por sus árboles de implicación. Pero no se trata de una causalidad histórica unívoca. Las líneas evolutivas se presentan en rizomas; las dataciones no son sincrónicas, sino heterocrónicas. Ejemplo: el “despegue” industrial de las máquinas de vapor, que tuvo lugar siglos después de que el Imperio Chino las utilizara como juego infantil. En realidad, estos rizomas evolutivos atraviesan en bloques las civilizaciones técnicas. Una innovación tecnológica puede conocer períodos de largo estancamiento o de regresión, pero casi no hay ejemplos de que no “vuelva a arrancar” en una época ulterior. Esto resulta especialmente claro en las innovaciones tecnológicas militares: puntuaban frecuentemente grandes secuencias históricas a las que marcan con un sello de irreversibilidad, borrando imperios en beneficio de nuevas configuraciones geopolíticas. Pero, rei-

tero, esto ya ocurría con los instrumentos, utensilios y herramientas más humildes, que no escapan a esta filogénesis. Por ejemplo, se podría dedicar una exposición a la evolución del martillo a partir de la edad de piedra y emitir conjeturas sobre lo que el martillo estará llamado a ser en el contexto de los nuevos materiales y de las nuevas tecnologías. El martillo que hoy compramos en el supermercado se encuentra, en cierto modo, “tomado” de una línea filogenética con prolongamientos virtuales indefinidos.

En la intersección de Universos maquínicos heterogéneos de dimensiones diferentes y textura ontológica extranjera, con innovaciones radicales, puntos de referencia de maquinismos ancestrales ayer olvidados para reactivarse después, se singulariza el movimiento de la Historia. La máquina neolítica asocia, entre otros componentes, la máquina de la lengua hablada, las máquinas de piedra tallada, las máquinas agrarias basadas en la selección de los granos y una protoeconomía lugareña. La máquina escritural, por su parte, no se verá emerger sino con el nacimiento de las megamáquinas urbanas (Lewis Mumford), correlativas de la implantación de los imperios arcaicos. Paralelamente, grandes máquinas nómadas se constituirán a partir de la colusión entre la máquina metalúrgica y nuevas máquinas de guerra. En cuanto a las grandes máquinas capitalísticas, sus maquinismos de base fueron proliferantes: máquinas de Estado urbano y de realeza luego, máquinas comerciales, bancarias, máquinas de navegación, máquinas religiosas monoteístas, máquinas musicales y plásticas desterritorializadas, máquinas científicas y técnicas, etcétera.

Más compleja es la cuestión de la reproducibilidad de la máquina en un plano ontogenético. El mantenimiento del estado de marcha de una máquina, su identidad funcional, nunca están absolutamente garantizados. El desgaste, la precariedad,

las averías, la entropía le imponen cierta renovación de sus componentes materiales, energéticos e informacionales, pudiendo caer estos últimos en el “ruido”. Paralelamente, el mantenimiento de la consistencia de la conformación maquina exige renovar también la parte de gesto y de inteligencia humana que entran en su composición. Así, pues, la alteridad hombre-máquina está inextricablemente ligada a una alteridad máquina-máquina que se juega en relaciones de complementariedad, en relaciones agónicas (entre máquinas de guerra) o incluso en relaciones de piezas o de dispositivos. De hecho, el desgaste, el accidente, la muerte y la resurrección de una máquina en un nuevo ejemplar o en un nuevo modelo forman parte de su destino y pueden pasar al primer plano de su esencia en ciertas máquinas estéticas (las “compresiones” de César, las “metamecánicas”, las máquinas *happening*, las máquinas delirantes de Jean Tinguely). La reproducibilidad de la máquina no es, entonces, una pura repetición programada. Sus escansiones de ruptura e indiferenciación, que separan a un modelo de todo soporte, introducen su lote de diferencias tanto ontogenéticas como filogenéticas. Es con ocasión de estas fases de pasaje al estado de diagrama, de máquina abstracta desencarnada, cuando se confiere a los “suplementos de alma” del núcleo maquina sus diferencias respecto de los simples aglomerados materiales. Un amontonamiento de piedras no es una máquina, mientras que un muro es ya una protomáquina estática, que manifiesta polaridades virtuales, un adentro y un afuera, un alto y un bajo, una derecha y una izquierda... Estas virtualidades diagramáticas nos hacen salir de la caracterización de la autopoiesis maquina de Varela en términos de individuación unitaria, sin *input* ni *output*; nos orientan hacia un maquinismo más colectivo, sin unidad delimitada, cuya autonomía se aviene a diversos soportes de alteridad. La reprodu-

cibilidad de la máquina técnica, a diferencia de la de los seres vivos, no descansa en secuencias de codificado perfectamente circunscritas en un genoma territorializado. Cada máquina tecnológica tiene sin duda sus planos de concepción y montaje. Pero, por una parte, éstos guardan su distancia respecto de ella y, por la otra, se reenvían de una máquina a otra para constituir un rizoma diagramático que tiende a cubrir globalmente la mecanosfera. Las relaciones de las máquinas tecnológicas entre sí y los ajustes de sus piezas respectivas presuponen una serialización formal y una cierta pérdida de su singularidad –más fuerte que la de las máquinas vivientes–, correlativas de una toma de distancia entre la máquina manifestada en coordenadas energético-espacio-temporales y la máquina diagramática, que se desarrolla en coordenadas más desterritorializadas.

Esa distancia desterritorializada y esa pérdida de singularidad deben ser vinculadas a un reforzamiento en el alisado de las materias que constituyen la máquina técnica. Ciertamente, nunca pueden suprimirse por completo las asperezas singulares propias de estas materias, pero sólo deben interferir en el “juego” de la máquina cuando su funcionamiento diagramático las requiera para ello. Examinemos, a partir de un dispositivo maquinico en apariencia simple –el par formado por una cerradura y su llave–, estos dos aspectos de distancia maquinica y de alisado. Se ponen aquí en ejercicio dos tipos de formas, de texturas ontológicas heterogéneas: 1) formas materializadas, contingentes, concretas, discretas, de singularidad cerrada sobre sí misma, encarnadas respectivamente por el perfil Fc de la cerradura y por el perfil Fll de la llave. Fc y Fll no coinciden nunca del todo. Cambian con el tiempo debido al desgaste y la oxidación, pero las dos están compelidas a per-

manecer en el marco de una distancia-tipo límite más allá del cual la llave cesaría de ser operativa, y 2) formas “formales”, diagramáticas, subsumidas por esa distancia-tipo, que se presentan como un continuo que incluye toda la gama de los perfiles FII, Fc, compatibles con el funcionamiento efectivo de la cerradura.

Se comprueba de inmediato que el efecto maquínico, el pasaje al acto posible, debe ser situado por entero del lado de la segunda clase de formas. Aunque escalonadas en la distancia-tipo más restringida posible, estas formas diagramáticas se presentan en número infinito. De hecho, se trata de una integral de las formas FII, Fc.

Esta forma integral infinitaria duplica y alisa las formas contingentes Fc y FII, que sólo valen maquínicamente por pertenecerle. Se tiende así un puente “por encima” de las formas concretas autorizadas. Esta es la operación que yo califico de alisado desterritorializado, y que recae tanto sobre la normalización de las materias constitutivas de la máquina como sobre su calificación “digital” y funcional. Un mineral de hierro que no hubiese sido suficientemente laminado, desterritorializado, presentaría rugosidades de machacamiento de los minerales de origen que falsearían los perfiles ideales de la llave y la cerradura. El alisado del material debe quitarle excesivos aspectos de contingencia y hacerle comportarse de modo tal que haga un fiel vaciado de las improntas formales que le son extrínsecas. Agreguemos que este moldeado, comparable en ello a la fotografía, no debe ser demasiado evanescente y conservar una suficiente consistencia propia. Aquí también se observa un fenómeno de distancia-tipo donde se pone en juego una consistencia diagramática teórica. Una llave de plomo o de oro correría el riesgo de doblarse en una cerradura de acero. Una llave pasada al estado líquido o al estado gaseoso pierde de in-

mediato su eficiencia pragmática y abandona el campo de la máquina técnica.

Este fenómeno de umbral formal reaparecerá en todos los niveles de las relaciones intra-máquinas y de las relaciones inter-máquinas, sobre todo con la existencia de piezas de recambio. Los componentes de la máquina técnica son, pues, como las piezas de una moneda formal, lo que se hizo mucho más patente desde su concepción y confección asistida por computadora. Estas formas maquinicas, estos alisados de materia, de distancia-tipo entre las piezas, de ajustamientos funcionales, tenderían a hacer pensar que la forma prima sobre la consistencia y sobre las singularidades materiales, mientras que la reproducibilidad de la máquina tecnológica impondría la inserción de cada uno de sus elementos en una definición preestablecida de orden diagramático. Charles Sanders Peirce, quien calificó el diagrama de “ícono de relación” y lo equiparó a la función de los algoritmos, nos propuso una visión ampliada que es importante acondicionar a la presente perspectiva. El diagrama, en efecto, se concibe aquí como una máquina auto-poiética que no sólo le confiere una consistencia funcional y una consistencia material, sino que también le impone desplegar sus diversos registros de alteridad, gracias a los cuales puede escapar de una identidad cerrada sobre simples relaciones estructurales. La protosubjetividad de la máquina se instauro en Universos de virtualidades que desbordan por todos lados su Territorialidad existencial. Así, nos negamos a postular una subjetividad formal intrínseca a la semiotización diagramática, por ejemplo una subjetividad “anidada” en las cadenas significantes con arreglo al célebre principio lacaniano: “Un significante representa al sujeto para otro significante”. No existe, para los diversos registros de máquina, una subjetividad unívoca, sobre la base de corte, falta y sutura, sino

dos ontológicamente heterogéneos de subjetividad, constelaciones de Universos de referencia incorporales que adoptan una posición de enunciadores parciales en dominios de alteridad múltiples, mejor nombrados dominios de alterificación.

Conocimos ya cierto número de estos registros de alteridad maquinaica:

- la alteridad de proximidad entre máquinas diferentes y entre piezas de la misma máquina;
- la alteridad de consistencia material interna;
- la alteridad de consistencia formal diagramática;
- la alteridad de *phylum* evolutivo;
- la alteridad agónica entre máquinas de guerra a cuyo prolongamiento podría asociarse la alteridad “auto-agónica” de las máquinas deseantes que tienden a su propio colapso, a su propia abolición.

Otra forma de alteridad ha recibido un abordaje muy indirecto: se trata de la alteridad de escala, o alteridad fractal, que establece un juego de correspondencias sistemáticas entre máquinas de diferentes niveles.⁴ Sin embargo, no estamos confeccionando una tabla universal de las formas de alteridad maquinaicas porque, en verdad, sus modalidades ontológicas son infinitas. Se organizan por constelaciones de Universos de referencia incorporales, de combinatorias y creatividad ilimitadas.

4. Leibniz, en su afán de rendir homenaje a lo infinitamente grande y a lo infinitamente pequeño, estima que la máquina viviente, a la que homologa con una máquina divina, continúa siendo máquina en sus menores partes, hasta el infinito (lo que no sería el caso de la máquina hecha por el arte del hombre), en *Monadologie*, págs. 178 y 179, París, Delagrave, 1962.

Las sociedades arcaicas están mejor pertrechadas que las subjetividades blancas, masculinas, capitalísticas para cartografiar esta multivalencia de la alteridad. Recomiendo a este respecto la exposición de Marc Augé sobre los registros heterogéneos con los que se vincula el objeto fetiche Legba en las sociedades africanas de los Fon. El Legba llega al ser transversalmente en:

- una dimensión de destino;
- un universo de principio vital;
- una filiación ancestral;
- un dios materializado;
- un signo de apropiación;
- una entidad de individuación;
- un fetiche a la entrada del caserío, otro en el pórtico de la casa; después del rito iniciático, a la entrada de la habitación...

El Legba es un puñado de arena, un receptáculo, pero es también la expresión de la relación con el otro. Se lo encuentra en la puerta, en el mercado, en la plaza del pueblo, en las esquinas. Puede transmitir los mensajes, las preguntas, las respuestas. Es también el instrumento de la relación con los muertos o los antepasados. Es a un tiempo un individuo y una clase de individuos; un nombre propio y un nombre común. “Su existencia corresponde a la evidencia del hecho de que lo social no es solamente del orden de la relación sino del orden del ser.”⁵ Marc Augé señala la imposible transparencia y tra-

5. M. Augé, “Le fétiche et son objet”, en *L’Objet en psychanalyse*, presentación de Maud Mannoni, “L’espace analytique”, París,

ducibilidad de los sistemas simbólicos. “El dispositivo Legba [...] se construye según dos ejes. Uno visto del exterior al interior, el otro de la identidad a la alteridad. Así el ser, la identidad y la relación con el otro se construyen, a través de la práctica fetichista, no solamente a título simbólico sino también a título ontológico abierto.”⁶

Más aún que la subjetividad de las sociedades arcaicas, las conformaciones maquínicas contemporáneas no poseen referente estándar unívoco. Pero estamos mucho menos habituados a la irreductible heterogeneidad –e incluso al carácter de heterogénesis– de sus componentes referenciales. El Capital, la Energía, la Información, el Significante son otras tantas categorías que nos hacen creer en la homogeneidad ontológica de los referentes biológicos, etológicos, económicos, fonológicos, escriturales, musicales, etcétera.

En el contexto de una modernidad reduccionista, nos toca volver a descubrir que a cada promoción de una encrucijada maquínica le corresponde una constelación específica de Universos de valor a partir de la cual se instituye una enunciación parcial no humana. Las máquinas biológicas promueven Universos de lo viviente que se diferencian en devenires vegetales, devenires animales. Las máquinas musicales se instauran sobre el fondo de Universos sonoros constantemente modificados después de la gran mutación polifónica. Las máquinas téc-

Denoël, 1986. [Trad. cast.: “El fetiche y su objeto”, en *El objeto en psicoanálisis*, Presentación de Maud Mannoni, Buenos Aires, Gedisa, 1987.]

6. M. Augé, *op. cit.*

nicas se instituyen en el cruce de los componentes enunciativos más complejos y heterogéneos. Heidegger,⁷ quien juzgaba el mundo de la técnica como una suerte de destino maléfico causado por un movimiento de alejamiento del ser, tomaba el ejemplo de un avión comercial posado sobre la pista: el objeto visible esconde “lo que él es y la manera como es”. No revela su “fondo sino en la medida en que está comisionado para sostener la posibilidad de un transporte” y, con este fin, “es preciso que sea comisionable, es decir, que esté listo para volar y que lo esté en toda su construcción”. Esta interpelación, esta “comisión” que revela lo real como “fondo”, es efectuada esencialmente por el hombre y se traduce en términos de operación universal, desplazarse, volar... Pero este “fondo” de la máquina, ¿reside verdaderamente en un ya-ahí, bajo la especie de verdades eternas, reveladas al ser del hombre? De hecho, la máquina habla a la máquina antes de hablar al hombre, y los dominios ontológicos que revela y segrega son, en cada realización, singulares y precarios.

Volvamos al ejemplo del avión comercial, esta vez no con carácter genérico sino a través del modelo tecnológicamente fechado que recibió el nombre de Concorde. La consistencia ontológica de este objeto es básicamente heteróclita; está en la encrucijada, en el punto de constelación y de aglomeración pática de Universos que poseen cada uno su propia consistencia ontológica, sus rasgos de intensidad, sus ordenadas y coordenadas, sus maquinismos específicos. “Concorde” es tributario, a la vez:

7. *Essais et conférences*, Martin Heidegger, París, Gallimard, 1988.

- de un Universo diagramático con los planos de su “factibilidad” teórica;
- de Universos tecnológicos que trasponen esa “factibilidad” en términos materiales;
- de Universos industriales aptos para producirlo efectivamente;
- de Universos imaginarios colectivos correspondientes a un deseo suficiente de hacerlo nacer;
- de Universos políticos y económicos conducentes, entre otras cosas, a liberar los créditos de su puesta en práctica...

¡Pero el conjunto de estas causas finales, materiales, formales y eficientes, al fin de cuentas no dan la talla! El objeto Concorde circula efectivamente entre París y Nueva York, pero permanece clavado al suelo económico. Esta falta de consistencia de uno de sus componentes fragilizó decisivamente su consistencia ontológica global. El Concorde no existe más que en el límite de una reproducibilidad de doce ejemplares y en la raíz del *phylum* posibilista de los supersónicos del futuro. ¡Lo cual no es poca cosa!

¿Por qué insistimos tanto en la imposibilidad de fundar una traducibilidad general de los diversos componentes de referencia y de enunciación parcial de conformación? ¿Por qué esta falta de reverencia hacia la concepción lacaniana del Significante? Porque, precisamente, esta teorización nacida del estructuralismo lingüístico no nos saca de la estructura y nos vea el acceso al mundo real de la máquina. El significante estructuralista es siempre sinónimo de discursividad lineal. De un símbolo al otro, el efecto subjetivo adviene sin otra garantía ontológica. Opuestamente, las máquinas heterogéneas, tal como las considera nuestra perspectiva esquizo-analítica, no producen un ser estándar al capricho de una temporalización

universal. Para iluminar este punto será preciso establecer ciertas distinciones entre las diferentes formas de linealidad semiológica, semiótica y de encodificación:

- las codificaciones del mundo “natural”, que intervienen sobre varias dimensiones espaciales (por ejemplo las de la cristalografía) y que no implican la extracción de operadores de codificación autonomizados;
- la linealidad relativa de las codificaciones biológicas, por ejemplo la doble hélice del ADN que, a partir de cuatro radicales químicos de base, se desarrolla igualmente en tres dimensiones;
- la linealidad de las semiologías presignificantes, que se desarrollan en líneas paralelas relativamente autónomas, aunque las cadenas fonológicas de la lengua hablada parezcan siempre sobrecodificar a todas las otras;
- la linealidad semiológica del significante estructural, que se impone de manera despótica a todos los otros modos de semiotización, los expropia e incluso tiende a hacerlos desaparecer en el marco de una economía comunicacional dominada por la informática (aclaremos: la informática en su situación actual, pues tal estado de cosas no tiene nada de definitivo);
- la sobrelinealidad de sustancias de expresión a-significantes, donde el Significante pierde su despotismo. Las líneas informacionales de los hipertextos pueden reencontrar una cierta polimorfía dinámica y trabajar en directa conexión con Universos referentes que, a su vez, no son en modo alguno lineales y tienden a escapar, por añadidura, a una lógica de conjuntos espacializados.

La materia señalética de las máquinas semióticas a-significantes está constituida por “puntos-signos”; éstos son de orden semiótico por un lado, y por el otro intervienen directamente en una serie de procesos maquínicos materiales. Ejemplo: la cifra de la tarjeta de crédito que opera la puesta en marcha del distribuidor de billetes. Las figuras semióticas a-significantes no segregan sólo significaciones. Profieren órdenes de marcha y detención y, sobre todo, desencadenan la “puesta en el ser” de Universos ontológicos. Consideremos ahora el ejemplo del ritornelo musical pentatónico que al cabo de algunas notas cataliza la constelación debussista de múltiples Universos:

- el Universo wagneriano en torno a Parsifal, que se liga al Territorio existencial constituido por Bayreuth;
- el Universo del canto gregoriano;
- el de la música francesa, con Rameau y Couperin nuevamente de actualidad;
- el de Chopin, a causa de una trasposición nacionalista (mientras que Ravel se apropió de Liszt);
- la música javanesa que Debussy descubrió en la Exposición Universal de 1889;
- el mundo de Manet y Mallarmé, vinculado a la estancia del músico en la Villa Médicis.

Y a estas influencias presentes y pasadas convendría agregar las resonancias prospectivas que constituyen la reinención de la polifonía a partir del Ars Nova, su influjo sobre el *phylum* musical francés de Ravel, Duparc, Messiaen, etc., sobre la mutación sonora detonada por Stravinsky, su presencia en la obra de Proust...

Bien se advierte que no existe ninguna correspondencia

biunívoca entre eslabones lineales significantes o de arché-escritura, según los autores, y esta catálisis maquinaica multidimensional, multirreferencial. La simetría de escala, la transversalidad, el carácter pático no discursivo de su expansión: todas estas dimensiones nos sacan de la lógica del tercero excluido y facilitan nuestra renuncia al binarismo ontológico que antes denunciábamos. A través de sus diversos componentes, una conformación maquinaica obtiene su consistencia franqueando umbrales ontológicos, umbrales de irreversibilidad no lineales, umbrales ontogenéticos y filogenéticos, umbrales de heterogénesis y de autopoiesis creativas. A fin de pensar las simetrías fractales en términos ontológicos, sería conveniente extender aquí la noción de escala. Lo que las máquinas fractales atraviesan son escalas sustanciales. Las atraviesan al engendrarlas. Pero –hay que reconocerlo– estas ordenadas existenciales que ellas “inventan” siempre han estado ahí. ¿Cómo sostener semejante paradoja? Es que todo se hace posible (incluido el alisado recesivo del tiempo al que alude René Thom) desde el momento en que se admite una fuga de la conformación fuera de las coordenadas energético-espacio-temporales. Y también aquí nos toca redescubrir una manera de ser del Ser –antes, después, aquí y en cualquier otra parte–, sin ser no obstante idéntico a sí mismo; un Ser procesual, polifónico, singularizable en las texturas infinitamente complejizables, al capricho de las velocidades infinitas que animan sus composiciones virtuales.

La relatividad ontológica aquí preconizada es inseparable de una relatividad enunciativa. El conocimiento de un Universo (en el sentido astrofísico o axiológico) sólo es posible por mediación de máquinas autopoieticas. Es importante que un

foco de pertenencia a sí mismo exista en alguna parte para que algún ente o alguna modalidad de ser, los que fueren, puedan llegar a la existencia cognitiva. Fuera de este acoplamiento máquina/Universo, los entes tienen nada más que un puro estatuto de entidad virtual. Lo mismo sucede con sus coordenadas enunciativas. La biosfera y la mecosfera, adosadas a este planeta, focalizan un punto de vista de espacio, tiempo y energía. Trazan un ángulo de constitución de nuestra galaxia. Fuera de este punto de vista particularizado, el resto del Universo existe tan sólo (en el sentido en que nosotros aprehendemos, aquí abajo, la existencia) a través de la virtualidad de existencia de otras máquinas autopoieticas en el interior de otras biomecosferas dispersas por el cosmos. Ahora bien, la relatividad de los puntos de vista de espacio, tiempo, energía, no produce la caída de lo real en el sueño. La categoría de Tiempo se disuelve en consideraciones cosmológicas sobre el Big Bang, mientras que se afirma la de irreversibilidad. La objetividad residual es lo que resiste al barrido de la infinita variación de los puntos de vista constituibles sobre él. Imaginemos una entidad autopoietica cuyas partículas estuviesen edificadas a partir de las galaxias. O, a la inversa, una cognitividad constituida a escala de los quarks. Otro panorama, otra consistencia ontológica. La mecosfera extrae y actualiza configuraciones que existen entre una infinidad de otras en campos de virtualidad. Las máquinas existenciales están a igual altura que el ser en su multiplicidad intrínseca. No son mediatizadas por significantes trascendentes ni subsumidas por un fundamento ontológico unívoco. Son para sí mismas su propia materia de expresión semiótica. La existencia, en cuanto proceso de desterritorialización, es una operación intermaquina específica que se superpone a la promoción de intensidades existenciales singularizadas. Y, lo repito, no existe

ninguna sintaxis generalizada de estas desterritorializaciones. La existencia no es dialéctica, no es representable. ¡Apenas si es tolerable!

Las máquinas deseantes que entran en ruptura con los grandes equilibrios orgánicos interpersonales y sociales y que invierten los mandos, juegan el juego del otro en contra de una política de autocentrado en el yo. Por ejemplo, las pulsiones parciales y las investiduras perversas polimorfadas del psicoanálisis no constituyen una raza de máquinas desviada y excepcional. Todas las conformaciones maquínicas encubren, así sea en estado embrionario, focos enunciativos que son otras tantas protomáquinas deseantes. Para abordar este punto, nos es preciso extender nuestro puente transmaquínico entendiendo el alisado de la textura ontológica del material maquínico y los *feedback* diagramáticos como otras tantas dimensiones de intensificación por las que superamos las causalidades lineales de la aprehensión capitalista de los Universos maquínicos. Nos es preciso igualmente abandonar las lógicas fundadas en los principios de tercero excluido y de razón suficiente. A través del alisado, se juega un ser más allá, un ser-para-el-otro que hace tomar consistencia a un existente fuera de su delimitación estricta, aquí y ahora. La máquina es siempre sinónimo de foco constitutivo de Territorio existencial sobre fondo de constelación de Universos de referencia (o de valor) incorporales. El “mecanismo” de esta inversión de ser consiste en el hecho de que ciertos segmentos discursivos de la máquina no juegan ya solamente un juego funcional o significacional, sino que asumen una función existencializante de pura repetición intensiva, que he llamado función de ritornelo. El alisado es como un ritornelo ontológico, y así, lejos de aprehender una verdad uní-

voca del ser a través de la *techné*, como lo quisiera la ontología heideggeriana, tenemos delante una pluralidad de seres como máquinas desde el momento en que adquirimos los medios páticos y cartográficos para acceder a ellos. Las manifestaciones, no del Ser, sino de multitudes de componentes ontológicos, son del orden de la máquina. Y esto sin mediación semiológica, sin codificado trascendente, directamente como “dar-a-ser”, como dando. Acceder a semejante “dar” es ya participar ontológicamente en ello de pleno derecho. El término “derecho” no surge aquí por casualidad, tan cierto es que en este nivel protoontológico se necesita afirmar ya una dimensión protoética. El juego de intensidad de la constelación ontológica es en cierto modo una elección de ser, no solamente para sí, sino para toda la alteridad del cosmos y para lo infinito de los tiempos.

Si tendrá que haber elección y libertad en ciertos pisos antropológicos “superiores”, entonces también deberá hallarse en los estratos más elementales de las concatenaciones maquina. Pero las nociones de elemento y complejidad son susceptibles de invertirse aquí brutalmente. Lo más diferenciado y lo más indiferenciado coexisten en el seno de un mismo caos que, a velocidad infinita, juega sus registros virtuales unos contra otros y unos con otros. El mundo maquina-técnico, en cuya “terminal” se estructura la humanidad de hoy, está cercado por horizontes de constante y de limitación de las velocidades infinitas del caos (velocidad de la luz, horizonte cosmológico del Big Bang, distancia de Planck y cuanto elemental de acción de la física cuántica, imposibilidad de superar el cero absoluto...). Pero este mismo modo de coacción semiótica se ve duplicado, triplicado, infinitizado por otros mundos que, en ciertas condiciones, no demandan sino bifur-

carse por fuera de su Universo de virtualidad y engendrar nuevos campos de posible.

Las máquinas de deseo, las máquinas de creación estética, a la par que las máquinas científicas, rectifican constantemente nuestras fronteras cósmicas. Por esta razón deben tomar un lugar eminente en el seno de las conformaciones de subjetivación, llamados a su vez a relevar a nuestras viejas máquinas sociales, incapaces de seguir la eflorescencia de revoluciones maquínicas que hacen estallar nuestro tiempo por todas partes.

En vez de tomar con frialdad la inmensa revolución maquínica que barre el planeta (con peligro de llevárselo), o de aferrarse a sistemas de valor tradicionales cuya trascendencia se pretenderá refundar, el movimiento del progreso o, si se prefiere, el movimiento del proceso, se aplicará a reconciliar valores y máquinas entre sí. Los valores son inmanentes a las máquinas. La vida de los Flujos maquínicos no se manifiesta solamente a través de las retroacciones cibernéticas; es también correlativa de una promoción de Universos incorporales a partir de una encarnación Territorial enunciativa, de una toma de ser valorizante. La autopoiesis maquínica se afirma como un para-sí no humano a través de los focos de protosubjetivación parcial, y despliega un para-otro bajo la doble modalidad de una alteridad ecosistémica “horizontal” (los sistemas maquínicos se posicionan en rizoma de dependencia recíproca) y de una alteridad filogenética (que sitúa cada estasis maquínica actual en contra de una filiación en lo pretérito y de un *Phylum* de mutaciones por venir). Todos los sistemas de valor –religiosos, estéticos, científicos, ecosóficos...– se instauran en esta interfaz maquínica entre lo actual necesario y lo virtual posibilista. Los Universos de valor constituyen de este modo los enunciadores incorporales de complejiones maquínicas abstractas empalmables con las realidades discursivas. La consis-

tencia de estos focos de protosubjetivación no se asegura, pues, sino en la medida en que éstos se encarnan, con mayor o menor intensidad, en nudos de finitud, Territorios de *grasping* caósmico que garanticen, por añadidura, su recarga posible de complejidad procesual. Doble enunciación, pues, territorializada finita e incorporal infinita.

Sin embargo, estas constelaciones de Universos de valor no constituyen Universales. El hecho de que se anuden en Territorios existenciales singulares les confiere, en efecto, una potencia de heterogénesis, es decir, de apertura hacia procesos irreversibles de diferenciación, necesarios y singularizantes. ¿De qué modo esa heterogénesis maquínica que diferencia cada color de ser, que hace, por ejemplo, del plano de consistencia del concepto filosófico un mundo completamente distinto del plano de referencia de la función científica o del plano de composición estética, acaba reducida a la homogénesis capitalística del equivaler generalizado, desembocando en la equivalencia de todos los valores, en el hecho de que todos los Territorios apropiativos se midan con la misma vara económica de poder y de que todas las riquezas existenciales caigan bajo la férula del valor de cambio? A la estéril oposición entre valor de uso y valor de cambio conviene oponerle una complexión axiológica que incluya todas las modalidades maquínicas de valorización: los valores de deseo, los valores estéticos, los valores ecológicos, económicos... El valor capitalístico, que subsume generalmente el conjunto de estas plusvalías maquínicas, procede por un golpe de fuerza reterritorializante basado en la primacía de las semióticas económicas y monetarias, y corresponde a una suerte de implosión general de todas las Territorialidades existenciales. En realidad, el valor capitalístico no se encuentra aparte, a un costado de los otros sistemas de valorización; constituye su corazón mortífero, correspon-

diente al franqueamiento del inefable límite entre una desterritorialización caósica controlada –bajo la égida de prácticas sociales, estéticas, analíticas– y un vuelco vertiginoso en el agujero negro de lo aleatorio, a saber: de una referencia paroxísticamente binarista que disuelve implacablemente cualquier toma de consistencia de los Universos de valor que pretendieran escapar a la ley capitalística. Así, pues, sólo por abuso se pudo colocar a las determinaciones económicas en posición princeps frente a las relaciones sociales y a las producciones de subjetividad. La ley económica, lo mismo que la ley jurídica, debe deducirse del conjunto de los Universos de valor, para cuyo desmoronamiento no cesa de laborar. Su reconstrucción sobre los escombros mezclados de las economías planificadas y del neoliberalismo, y en virtud de nuevas finalidades ético-políticas (ecosofía), reclama, como contrapartida, una infatigable recuperación de consistencia de las conformaciones maquínicas de valorización.